

Una tendencia de vida: el futurismo

[Acerca del Primer Manifiesto del Futurismo]

[*El Diario Español*. Buenos Aires, a. 4, n. 1279, domingo 21 de marzo de 1909, p. 7]

futurismo | manifiesto | Marinetti

Juan Más y Pi

He aquí una iniciativa destinada a levantar formidable escándalo, tan rebelde, tan bárbaramente heroica surge de una mente juvenil, para lanzarse, llena de ímpetu genial, a la conquista maravillosa de la más lejana estrella. Es una fuerza que no se contiene, una audacia que no se limita, una explosión de entusiasmos que no se concreta en una fórmula sino que estalla en la radiante complejidad de todo un vasto programa renovador de la vida. La iniciativa llena ya con sus resonancias el mundo intelectual de Europa, y no habrá de tardar el momento en que América toda, entusiasta de su propia grandeza, acompañe con su fe y con su esperanza la audaz proclamación del nuevo ideal.

Ha sido Marinetti, director de *Poesía*, la admirable revista, honra del verbo latino, quien ha tenido la audacia del gran gesto libertador, lanzando el pendón de rebeldía que ya nos tardaba en el monótono vivir de los días actuales.

De tarde en tarde, a lo largo de las edades, se impone como una necesidad la rebeldía contra lo pasado que es impulso enérgico hacia lo porvenir, poniendo término a fórmulas que ya no se avienen con los sentimientos nuevos, con las necesidades impuestas por las nuevas corrientes de la vida. Y por ello es tanto más de aplaudir el gesto de Marinetti que no ha temido ir contra la más absurda preocupación moral, contra el amor a lo pasado, imponiendo las bases de una completa renovación, que podrá o no ser aceptada pero, que indudablemente señala un gran paso hacia adelante, inevitable si es que la evolución no ha de ser un mito y el hombre no ha de detenerse en un punto de su marcha.

Rompe Marinetti de una manera violenta contra todo lo pasado, y apoyándose en la sólida teoría moral de Nietzsche, afirma que el hombre debe aspirar a su propia elevación, tendiendo en sus esfuerzos a consolidar todo aquello que le haga más fuerte. Se impone una renovación completa del absurdo criterio predominante hasta hoy, que nos hacía depender de las

teorías pasadas, de las ideas que si fueron grandes y bellas en su tiempo, ya hoy no pueden ser más que esclavitud y muerte.

El notable autor de *Le roi Bombance* deja que su pasión irrumpa en estallidos violentos, creyendo con harta razón que vale más el empeño temerario, la audacia loca y todo lo que es sincero y natural, que el callado meditar donde se envuelve siempre una inseguridad mental, una vacilación y una hipocresía.

Lo pasado tuvo sus esplendores, necesarios en cuanto fueron un estímulo de vida. Pasado ese momento en que hubo una utilidad en ellos, esos hechos pasados no pueden tener otro mérito que el de un escalonamiento, útil en cuanto ayuda a comprender la forma y el medio evolutivo, pero inútil ya en sí mismo.

El arte, en sus diversas manifestaciones, no puede ser más que un producto de la época, es decir un producto de la manera de pensar y de sentir de las minorías intelectuales, cuya misión es la de ir alumbrando los nuevos horizontes que trillarán todas las bestias del humano rebaño.

El arte debe ser siempre una aspiración hacia el indefinido y más allá, una tendencia de libertad y elevación, una forma de progreso. El arte debe ser siempre futurista, esto es, tendido a lo porvenir, como una fuerza en perpetua tensión hacia lo más lejano, que suele ser lo más bello, por ser lo eternamente inaccesible.

Concebir el arte en esa forma es rechazar lo pasado, en cuanto se manifiesta como pasado, pues no es posible tender hacia lo porvenir con todas las fuerzas del espíritu y al mismo tiempo adorar lo que ya no puede ser de utilidad incontestable en el desarrollo del progreso moral del hombre. Este evoluciona, adelante, progresa. Viene de lo más sencillo y va a lo más complicado. Surge de la simplicidad de las cosas naturales y se encamina a lo complejo de todo producto del ingenio. Viene del *homunculus* y tiende al superhombre. ¿Cómo, bajo esta forma de entender las cosas, puede haber quien pierda su tiempo en la miseria de los elementos ya utilizados, para admirarlos y repetirlos, regresando en el camino de la evolución universal? De la misma manera que sería absurdo concebir que la naturaleza detuviera su marcha para producir seres que repitieran la evolución del *Homunculus patagonicus* al hombre, así debemos considerar, tan absurdo, tan ridículo, tan ilógico y falso, el afán artístico de detener la evolución del pensamiento,

de regresar quinientos o mil años para tomar de nuevo los viejos elementos que tuvieron indiscutible oportunidad cuando el genio los concebía como un adelanto, y así, bajo el criterio de semejante involución, aniquilar enormes esfuerzos que han costado sacrificios innumerables.

Reaccionando contra lo absurdo de que el arte debe depender de lo pasado, hallando fuentes –que naturalmente no pueden ser de vida– en los sentimientos de edades muertas, Marinetti ha lanzado su grito, un vibrante grito de protesta, un enorme y resonante grito blasfematorio pero necesariamente salvador como un golpe de hacha oportuno y audaz en el momento en que se impone la necesidad de cortar las amarras que nos remolcan [ilegible] donde nuestro ímpetu juvenil [ilegible] sueña con el imperio de los recios barcos con sus quillas vueltas al sol, como grandes cetáceos monstruosos y agonizantes, barcos de crujiente maderamen donde nuestra audacia [sic] sueña con el imperio de los mares, en las locas aventuras dominadoras que habrán de descorrer para nuestra mente los amplios horizontes del porvenir.

Hay en el manifiesto con que Marinetti proclama el futurismo, el bárbaro estallido de todas las pasiones de un mundo joven, oprimidas por miles de años de esclavitud moral y ansiosas del gran sol de su día de libertad.

En el manifiesto que publica *Poesía*, Marinetti concreta en la siguiente forma los anhelos y aspiraciones del futurismo:

1. Queremos cantar el amor del peligro, la costumbre de la energía y de la temeridad.
2. Los elementos esenciales de nuestra poesía serán el coraje, la audacia, la rebelión.
3. La literatura habiendo magnificado hasta hoy su inmovilidad pensante, el éxtasis y el ensueño, nosotros queremos ensalzar el movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso gimnástico, el salto peligroso, la bofetada y el golpe de puño.
4. Nosotros declaramos que el esplendor del mundo se ha enriquecido con una nueva belleza: la belleza de la velocidad, un automóvil de carretera con su cuerpo adornado de gruesos tubos, semejantes a serpientes de alientos explosivos..., un automóvil rugidor, que parece correr sobre metralla, es más hermoso que la *Victoria de Samotracia*.

5. Nosotros queremos cantar el hombre que sostiene el volante, cuyo eje ideal atraviesa la tierra, lanzada con entusiasmo por los elementos primordiales.
6. Queremos que el poeta sea el hombre glorificado por su acción fecunda en la vida, elevándose con ella.
7. Solo hay belleza en la lucha. No hay obra maestra sin carácter agresivo. La poesía debe ser un asalto violento contra las fuerzas desconocidas, para someterlas a la voluntad del hombre.
8. Nos encontramos sobre el promontorio extremo de los siglos. ¿Para qué mirar detrás nuestro, desde el momento en que necesitamos derribar las puertas misteriosas de lo imposible? El Tiempo y el Espacio murieron ayer, vivimos ya en lo absoluto, puesto que hemos creado la eterna realidad omnipresente.
9. Queremos glorificar la guerra –única higiene del mundo– el militarismo, el patriotismo, las bellas ideas que matan, el gesto destructor del os anarquistas.
10. Queremos derribar los museos, las bibliotecas, combatir el moralismo, el feminismo y todas las cobardías oportunistas y utilitarias.
11. Cantaremos las grandes muchedumbres agitadas por el trabajo, el placer o la rebeldía, los disturbios multicolores y polifónicos de las revoluciones en las capitales modernas; la vibración nocturna de arsenales y astilleros bajo las violentas lunas eléctricas; las estaciones glotonas, devoradoras de serpientes que humean; las usinas, colgadas de las nubes que los hilos de sus humaredas; los buques aventureros, olfateando el horizonte; las locomotoras de amplios pectorales, que trepidan sobre los rieles, como enormes caballos de acero embridados de largos tubos y el vuelo deslizante de los aeroplanos cuya hélice tiene movimientos de bandera y aplausos de muchedumbre “entusiasmada”.

Y después de esta enumeración de principios, el manifiesto sigue, violento, desbordando pasión, tumultuoso, bárbaro. Rompe brutalmente contra los museos y las bibliotecas, cementerios del arte. Hace un llamamiento a la sana y noble vitalidad creadora, para irrumpir en este grito: “El arte no puede ser más que violencia, crueldad e injusticia”.

Y, afirmando esta manera de pensar, Marinetti dice que contando apenas treinta años los más viejos de la nueva generación, quedan aún diez años para llevar a cabo su cometido. Pasados esos diez años, otra generación

surgirá, también impaciente, también llena de fuerza y de vitalidad, requiriendo espacio para concepciones y despreciando –porque habría sido elevarse un poco más– estas tendencias de hoy, que habrán de parecerles poco amplias, pero generosas.

No faltarán detractores; todos los fósiles del arte, todos los que solo conocen la regla sin comprender el espíritu, habrán de estar preparando ya sus armas para el nuevo combate a que les provoca el gallardo conclamador de la poesía moderna. De la suerte de esta nueva tendencia ¿será posible adivinar nada? Yo, por mi parte, puedo atreverme a garantizar su perduración porque es una necesidad, y porque como tal habrá de arraigar en el espíritu de la juventud, en el alma de estos héroes del buen combate por la dignificación espiritual del hombre.

El futurismo, más que escuela literaria es una tendencia de vida; es una forma artística de las ideas que comienzan a imponerse, una maravillosa rebeldía contra el renacimiento de los viejos ideales caducos.

Cada generación ha hecho su labor, grande o pequeña, pero propia al fin. ¿Por qué no la nuestra? Es necesario que tracemos nuestro propio camino y si queremos que sea transitable, que verdaderamente sea un camino por donde pueda ir la humanidad en su eterno avance, debemos de saber construirlo de acuerdo con nuestro tiempo, con nuestras tendencias, con las ocultas aspiraciones que el destino impone a la colectividad.

Los griegos tuvieron un ideal de raza y lo plasmaron en mármoles magníficos; la Edad Media levantó las torres de sus catedrales porque era su idea que tendía al cielo; el renacimiento, colorista y exuberante de vida, fulguró con sus cuadros maravillosos. ¿Hoy volveremos la vista a lo griego, a lo de la Edad Media, al renacimiento, buscando elementos para el arte nuestro, es decir, para la concreción en belleza de nuestras aspiraciones vitales? No; cada época su tendencia, cada generación su fórmula. Estamos obligados, si queremos que la obra artística, producto de nuestro cerebro, no sea una baja imitación de lo pasado, es decir, una renuncia de todo ideal, comprender que estamos obligados a crear, a innovar, siguiendo la evolución de todo lo existente. Lo pasado ha sido el medio que nos ha permitido llegar a lo de hoy. Debemos aceptarlo como elemento ilustrativo, no como eterna base a la que debemos regresar siempre. Para ser “nosotros mismos” –y esta es primordial condición de vida– no podemos mirar hacia atrás, so pena de convertirnos, como la mujer de Loth, en estatuas de sal.

Lo que deba perdurar en nosotros, de lo pasado, perdurará a pesar nuestro, por atavismo. Nuestra voluntad, empero, debe tender a anular todo lazo tradicional para vivir solamente en nuestro tiempo, único de contribuir a lo futuro.

Y yo espero que la juventud intelectual comprenderá y acompañará la heroica iniciativa de Marinetti, que “de pie sobre la cima, del mundo, lanza su desafío a las estrellas”.